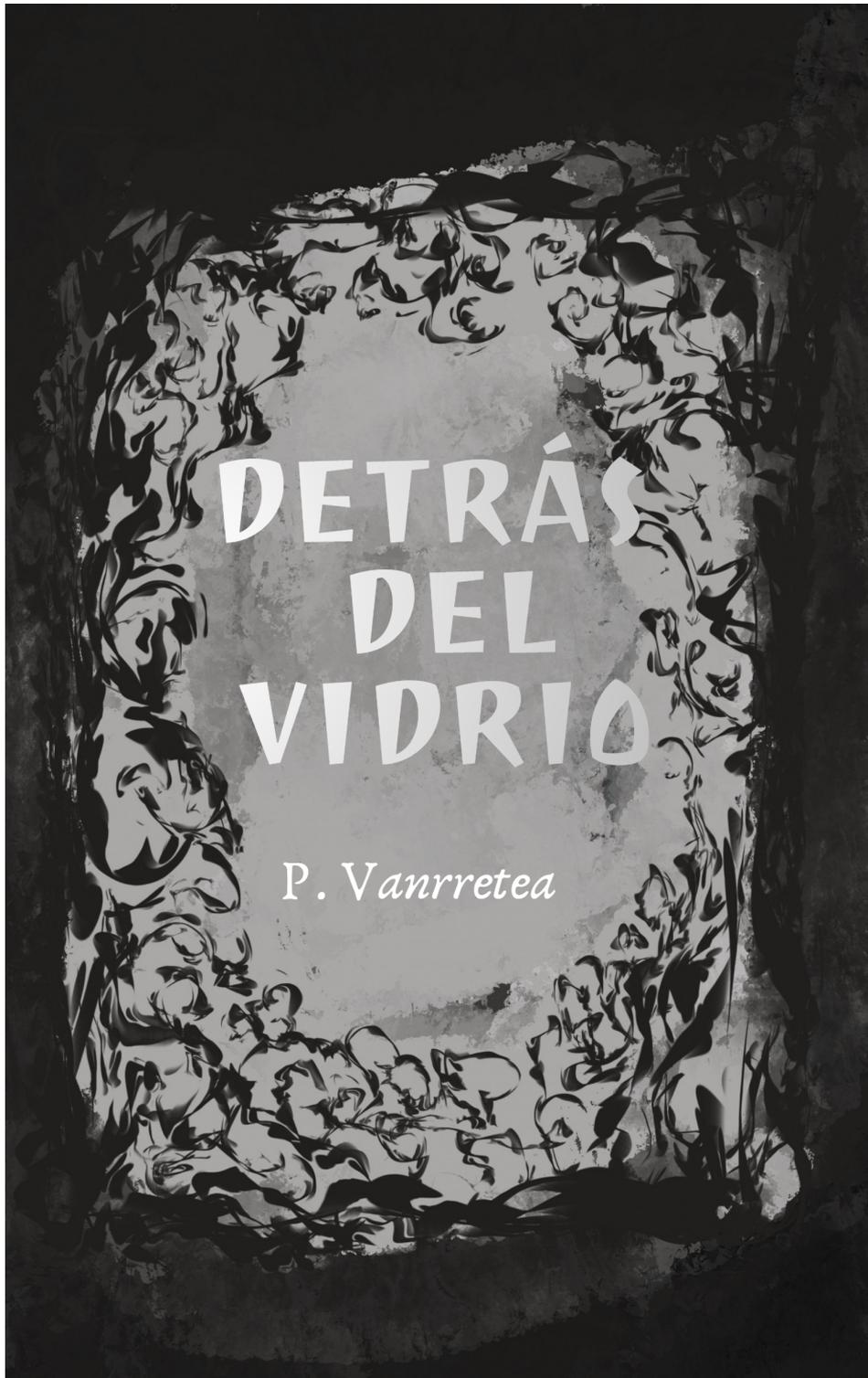


Detrás del Vidrio (Editado)

P.Vanrreteá (Annisa)



Capítulo 1

Detrás del vidrio

Nadie sabía lo que realmente ocurría en aquella casa abandonada. Por años, había permanecido vacía sin el menor atisbo de que alguien se hiciera cargo de aquel lugar. Sin embargo, nunca fue así. Quizás eso fue lo que impulsó a Sara a invadir esa propiedad. Desde pequeña había escuchado comentarios sobre lo que había ocurrido hace ya tanto años; algunos relatos eran más fantásticos que otros, pero no por eso dejaba de ser cruel la historia que se encerraba tras la vieja mansión.

Alimentando su curiosidad, decidió acercarse a media noche para ver a través del vidrio por uno de los grandes ventanales del frontis. Considerando la maleza que abundaba alrededor y con la ayuda que le brindaba la oscuridad, nadie que transitara por ahí se daría cuenta de su presencia. De esa manera, podría comprobar que había en aquel abandonado lugar, y que, obviamente, causaba tanta intriga a las personas que moraban a su alrededor.

Mientras veía las sombras tenebrosas que proyectaban algunos muebles en mal estado gracias al reflejo de la luna que se colaba por otro de los ventanales y de alguno que otro agujero en la pared, comenzó a recordar una de las historias que más fuerte sonaba por los habitantes del pueblo.

Se murmuraba que en aquel lugar vivió un viejo matrimonio acaudalado con sus hijos gemelos. Por lo menos, una vez a la semana daban grandes fiestas para sus amistades y para algunas entidades políticas de la zona. Todo el mundo hablaba de aquellas esplendorosas fiestas. Cuando los hijos del matrimonio fueron creciendo, los residentes del pueblo estaban seguros que los gemelos continuarían bajo la misma línea de sus padres. Y así sería... por lo menos por parte de uno de ellos.

El mayor de los gemelos, era un hombre amable e inteligente. Llevaba la gran mayoría de los negocios familiares con mucha destreza superando con creces la gestión de su padre. Su madre, quien cara al público era mujer elegante y mesurada; era una mujer fría, calculadora y controladora con sus hijos, tanto que tenía planeado a la perfección el matrimonio de su primogénito con una muchacha de las mismas características sociales que ellos. No obstante, no contaba con que él ya se encontraba enamorado de una mujer totalmente diferente.

Para desgracia de la madre, su hijo se había enamorado de una muchacha quien servía en su propia casa. Era un mujer joven y humilde quien quedó totalmente prendada del hijo de sus patronos. No pasó mucho tiempo para que ambos comenzaran a vivir un romance a escondidas de todo el mundo. De hecho, pasó casi inadvertido por todos, menos por el hermano menor del gemelo.

A pesar de ser igual a su hermano físicamente, eran personas totalmente opuestas. Siempre fue considerado la sombra de la perfección. Tanto su madre, como su padre así se lo hicieron notar en cada oportunidad que tuvieron. Cuando descubrió el romance secreto que se estaba dando en su propia casa, fue como haber estado con la mejor cortesana del burdel. Su perfecto hermano, por fin había cometido un gran error que, por lo menos a los ojos de su madre, no lo aprobaría por nada del mundo. Y por supuesto que fue así.

Ambos padres se opusieron rotundamente al romance de su hijo mayor con la sirvienta. Aquello, era una mancha inconcebible a su gran estirpe. Sin embargo, poco y nada pudieron hacer puesto que su hijo, imaginando la actitud estricta de sus padres, había tomado la decisión de tomar por esposa a la mujer en secreto. De esa forma, tendrían que aceptarlos, aunque fuera a regañadientes.

La madre tuvo que aceptar a su nueva nuera e intentar incluirla dentro de su familia a la fuerza. Si bien ya estaban en boca de todos debido a los escándalos de su hijo menor por los burdeles que visitaba, no podía permitir que pasara a mayores lo que había hecho el mayor. Así fue hasta que se anunció la inminente llegada del su primer nieto.

Durante los nueve meses de gestación, las fiestas dentro de la mansión continuaron realizándose, pero esta vez los cuchicheos de los invitados eran cada vez más notorios. Todos apuntaba a que la joven, que pronto sería madre, era una caza fortunas en busca de dinero para poder salir de la pobreza. Y que finalmente, terminó por aprovecharse del hijo de esa acaudalada familia. No obstante, aquello no le interesaba a la pareja de enamorados. Cuando contrajeron matrimonio estaban seguros que aquellos comentarios estarían en la boca de todos, pero el amor que sentía en uno por el otro era tan fuerte que hacían oídos sordos.

Cuando la niña ya tenía un mes de haber nacido, el joven padre tuvo que salir del pueblo por asuntos de negocios en compañía de su progenitor. De acuerdo con su estimación, no estarían afuera más que tres semanas; sin embargo, para su esposa era una eternidad. De lo que llevaba su matrimonio, aquella era la primera vez que se veía separada de su marido; y a los pocos días de haber partido sentía el vacío que él había dejado.

Tres semanas después, su marido aún no daba indicios de volver, de hecho, había enviado una carta dos días antes informándoles a la familia que el viaje se había retrasado. Eso provocó que su espera se tornara todavía más larga. Una noche y para poder hacer más amena su soledad, la joven madre estaba en la mitad del gran salón de la mansión paseando a su pequeña niña. Por órdenes de su suegra, no tenía permitido que el bebé visitara aquella habitación debido a que con sus constantes llantos rompían con la paz que debía de prevalecer. Sin embargo, para ella eso era una tontería. Los bebés necesitaban recorrer la casa donde vivirían, además, los llantos de una pequeña niña no era una molestia, sino que les daba vida a los hogares; por eso había decidido quebrantar aquel mandato.

Lo que nunca pensó fue que algo cambiaría esa noche. Cuando estaba a punto de dar las doce entró por la puerta principal su cuñado, quien estaba claramente borracho. No tenía dudas de que venía de alguno de los burdeles que estaba a las afuera del pueblo, así que para evitar problemas decidió no hablarle para no hacer notar su presencia, pero no contaba con que su pequeña hija no emitiera ningún sonido. Cuando la niña comenzó a llorar, él dio cuenta inmediatamente de que estaba ahí.

Al ver a su cuñada, no pudo evitar sentir el deseo que lo carcomía por dentro. Desde que se enteró de que su hermano estaba detrás de ella, intentó acercársele para poder ganarle la partida a su gemelo, aunque fuera una sola vez; sin embargo, ella se había negado. Se había comportado como una perfecta santa, pero él sabía que lo realmente era... una maldita zorra detrás del dinero de su familia. Por eso, él se encargaría de hacérselo ver al imbécil de su hermano porque estaba seguro que hasta esa mocosa no era hija de él.

Se acercó a su cuñada mientras esta dejaba a la niña en la cuna y sin previo aviso la besó a la fuerza. La mujer asustada por lo que estaba haciendo su cuñado, intentó defenderse, pero él era más fuerte. Con desesperación lo mordió provocando que este aullara del dolor. Trastabillando debido al empujón que recibió, pasó su dedo índice por sus labios. Al ver la sangre, estalló a causa de la ira.

—Maldita ramera. ¡Te enseñaré a no maltratar tu patrón!

Sin darle tiempo de que la pobre mujer se pudiera defender, volvió a tomarla a la fuerza provocando que ambos cayeran al suelo botando algunos muebles. Aquel ruido hizo que la niña que ya estaba durmiendo despertara y comenzara a llorar a todo pulmón. La desesperación por el llanto de su bebé, la hizo perder las pocas fuerzas que le quedaban. Llorando desesperada no pudo evitar que su cuñado la violara de la forma más violenta.

El hombre, cegado por el alcohol y la rabia contra su hermano, violó a su cuñada sin ningún tipo de contemplación. Por cada embestida que daba

aumentaba la presión que estaba ejerciendo sus manos en el cuello de ella. Cuando terminó aquel atroz acto, vio como los ojos vidriosos y vacíos de la mujer que fue de su hermano miraban hacia la nada.

En ese momento, apareció su madre en el salón mirando la escalofriante escena que se había vivido allí. Se acercó a su hijo y contempló lo que el odio, alimentado por años hacía su propio gemelo, había hecho. Por más perturbadora que fuera aquella imagen, ella no podía traicionar a su propia sangre. Ordenó a su hijo cambiarse de ropa y de esa forma poder deshacerse del cuerpo de su nuera; sin sospechar que una mujer detrás del gran ventanal de aquel salón, que había albergado a tantos cortesanos por años, estaba mirando aterrorizada el crimen que se había cometido.

FIN